
Donna Haraway y otros posibles

Ana Paula Yáñez

Lo que sigue son algunas reflexiones y comentarios a partir del encuentro con Donna Haraway. Y voy a comenzar con una cita de su libro *Manifiesto Cyborg* “*El presente trabajo es un canto al placer en la confusión de las fronteras y a la responsabilidad en su construcción.*”¹

Una pregunta que insiste en mí es: ¿cómo podemos pensar distinto si las palabras con las que pensamos fueron gestadas en una lógica que torna invisible, excluye o destruye la posibilidad de otros modos de existencia/pensamiento?

Y Donna contesta: con otras narraciones, hay que contar otras historias.

Para esto invita no sólo al lenguaje poético, de imágenes, artístico, de la ciencia ficción, sino también al de la historia, la política, la antropología, la biología, la filosofía, entre otros. Los pone en tensión, los entreteje, los hace jugar, como en el juego de cuerdas (el juego que jugábamos cuando éramos niños con un hilo entre las manos con el que hacíamos diseños para luego pasárselo al otro).

En el juego que propone, su trama, se encuentra siempre advertida sobre el riesgo de intentar construir un lugar totalizador. Su despliegue es habitando en acto, en mundos parciales, propuestas parciales, ficciones verdaderas en conexiones múltiples pero que no son “el todo” ni pretenden serlo. Mundos no atrapados en lógicas binarias.

Piensa y propone a partir de configuraciones relacionales.

Juega, se arriesga, imagina, relaciona, y es en eso que despliega en forma inmanente, los mundos de ciencia ficción, los cyborgs, el Chthuluceno, las especies compañeras.

El encuentro con ella es una invitación y una provocación, un descoloque a través de sus figuras, de la creación de neologismos, transforma, inventa, se sumerge y emerge en un movimiento continuo de lo que propone. Esto sin abandonar ni negar su historia: podríamos decir que es a través de sus experiencias e implicancias que puede producir.

Los sujetos que somos, tanto para las ciencias naturales como sociales en su gran mayoría, respondemos a un modo de construcción subjetiva que proviene de la religión, del capitalismo, del patriarcado... Todas estas narraciones (con sus respectivos dispositivos) implican seres “independientes”, que se juntan o se temen pero que no están sueltos como se pretenden.

Lo relacional implica otra lógica, implica despojarnos de todas nuestras certezas, de lo que estamos hechos, nos invita al desafío de atrevernos a confiar en lo ridículo, en lo irrisorio, en lo no posible, en el engendro.

Su último libro, *Seguir con el problema*², comienza con cinco páginas de agradecimientos. Esto ya debería decirnos mucho de la posición de la autora, que

¹ Donna Haraway, *Manifiesto para cyborgs: Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX*, LETRA SVDACA Ediciones, 2018, p. 11.

² D. Haraway, *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Ed. Consonni, 2019.

justamente se encarga de hacernos sentir el compost en el que se encuentra y del que nos invita a ser parte.

La narración de Dios/religión y/o Estado/derecho implica una negación o un desconocimiento del concepto de naturocultura (para Haraway no es posible pensar separadamente la naturaleza y la cultura). Entiendo entonces, que estas narraciones nos dejan absolutamente desposeídos de nuestros deseos, de nuestros cuerpos y posibilidades relacionales. Dios sabe antes que nosotros de nuestro existir, de cómo es nuestro cuerpo; el relato de la religión nos señala pecadores, y nos castiga por eso; pero ese no es el problema, sino que el problema consiste en que no sabemos sobre nosotros. Así como el Estado: que nos dice si hicimos bien o mal, ya que por nuestro propio juicio no podríamos distinguirlo. Creemos firmemente que, si nos libran a nuestra capacidad de acción, la reacción va a ser la de destruir, como si esto no fuera también un efecto de la ficción en la que vivimos. Nos producen desde una exterioridad: no sabemos, ni tenemos cómo regularnos. Las teorías vienen a contarnos sobre nosotros. En esta línea creo que entra un tipo de psicoanálisis y casi toda la psicología.

No confiamos, no sabemos qué es producir en el encuentro.

Estamos absolutamente convencidos de que es por una cuestión instintiva, por la evolución, por nuestra vulnerabilidad o precariedad biológica, pero esa también es una verdad situada, una narración posible.

Ahora, partiendo de la suposición de que sin reguladores hay caos, me pregunto: ¿y si los reguladores se basan en nuestra capacidad de construir juntos, en nuestras posibilidades de asociarnos, en la felicidad que nos producen los encuentros? ¿Si soltamos las exclusividades? En las amistades, en los trabajos, en las familias, en las parejas, las razas, las naciones/nacionalidades. Para decirlo de otro modo: derecho de autor, posesión de los otros (mis amigos, mi marido, mis hijos, etc.), pareja monogámica, homo o heterosexualidad, plagio, propiedad privada por citar algunos conceptos que atraviesan nuestra existencia.

Pienso que entendemos las pertenencias como indicadores de identidad que, si son compartidas, fracturan y vacían mi ser. Elegimos, pero no podemos desear cosas que sean contradictorias (aspiración basada en la ilusión de coherencia y unidad sin grietas ni fisuras).

Haraway propone pensar la responsabilidad. Otro juego de palabras que me resultó muy interesante ya que, junto con ella, pienso que, para responder, precisamos ser hábiles en nuestras respuestas. Respuestas de las que nos hagamos cargo de sus efectos y consecuencias, que construyan una propuesta desde un posicionamiento ético, y no moral. Respuestas cosmopolíticas (que no tengan al hombre como centro, sino que tengan en cuenta las múltiples fuerzas que se mueven en la tierra). Respuestas que se nombren a favor de los buenos encuentros que aumenten las potencias de acción y los afectos de alegría. Respuestas que nos posibiliten una experiencia de la que salgamos transformados, que nos conmuevan en nuestros pensamientos, afectos y maneras de percibir. Que nos permitan contar otras historias. Pero para eso, es de radical importancia, sabernos y sentirnos implicados, sabernos parte y afectados, si no las respuestas pueden ser las que ya existen, pero que no tienen ni habilidad ni compromiso ético.

No sabemos trabajar en grupo. No sabemos pedir ayuda. No sabemos vivir en comunidad. Los logros son siempre individuales. Si recibió ayuda, ¡¡¡pierde valor!!! ¡¡¡Tenés que hacerlo solo!!! Ese es el mandato. Las consecuencias son nefastas: estímulo de la competencia, del secreto, del temor y la defensa ante el robo, burla ante la copia (siempre descalificada y juzgada). ¿Qué más bello que aprender de y con otros? ¿Acaso no aprendemos copiando? ¿Cuál es la ofensa? ¿Por qué no es un halago? Producir con y a partir de, eso es alegría. Nos sitúa en un lugar totalmente diferente.

Lo individual, lo exclusivo, los únicos, los primeros, los elegidos... y así estamos... los premios, por ejemplo, al Nobel de la Paz –al descubrimiento científico, por citar alguno–, pese a los agradecimientos en el día de la ceremonia, el logro se saborea (internamente y también para la sociedad) como individual.

Vivimos en el mundo de los héroes, alguna heroína y el amor romántico.

Si ese es el único camino posible, preferiría no hacerlo.

Y esto me recuerda la idea de las heridas narcisistas... ¿será que estamos ante la producción de una cuarta?

Freud planteó que la humanidad atravesó tres afrentas narcisistas:

Copérnico: La tierra no es el centro del universo.

Darwin: El hombre es un animal más.

Freud: No somos dueños de nosotros mismos, existe el inconsciente.

Donna y parientes: No somos humanos, somos humus, compost, cyborgs, una especie compañera más. Somos seres simpoiéticos (simpoiesis es generar-con), somos absolutamente relacionales, no autogenerados. No somos autosuficientes. No preexistimos a nuestras relaciones. Las palomas silvestres o los líquenes pueden ser nuestros maestros. Existen pensamientos no humanos.

La pregunta no es “¿qué podemos hacer?”, sino: ¿cuáles son los hilos que pasan por nuestras manos? ¿Cómo los tejemos? ¿En qué “entres”? El cuestionamiento sobre lo que hemos construido y la responsabilidad por lo que queremos construir, es un aporte, una propuesta, diría más: una propuesta política. Un modo de una parte, siendo pariente, siendo partenaire del juego, sabiendo que sólo es un hilo, una línea y que, a su vez, es mucho. Es mucho sabernos parte, partenaires, parientes.

Pariente viene del latín *parens, parentis*, participio presente del verbo *parire, partum*, “parir, engendrar”. Entonces el foco está en el generar. Los cyborgs son engendros, todo lo diferente en esta sociedad se considera “engendro” en el sentido negativo y no en el sentido de posibilidad de parir y engendrar.

Somos todos engendros.

Con Haraway y sus holobiotomas se despiertan otros sentidos que nos llevan, de la mano de los seres tentaculares del Chthuluceno, a tentarnos e ir a tientas, a desplegarlos en el intento.

La transformación es lenta, embrollada, no exenta de peligros. Pero apunta a una dirección, como me imagino es navegar. Me interesa dejar de pisar tierra firme.